

MERCEDES G. DE MOSCOSO

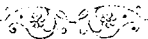
ABUELA



QUITO - 1903



— KIO —

IMPRESA NACIONAL

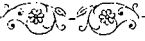




LA AUTORA



RESUMO que todos la conocen: en estos últimos tiempos, ella ha recreado á los hogares con bellísimos ramilletes de versos. Acaba de componer "Abuela", y ya es abuela, sin embargo de que apenas está saliendo de la edad de los amores; de la edad, no del magnetismo de sus lazos, como lo prueba este mismo poemita, lenguaje de un amor celeste, el de una dos veces madre á los dos veces hijos de su sér; amor de mujer á niños, amor de mujer sensible á niños bellos, amor de abuela joven á nietecillos



en la infancia. No es común que una mujer joven sea abuela: los atractivos de la bondad y el talento; los de la belleza y la gracia, á las veces; los de la posición y la riqueza, muy pocas; los de la virtud y buena educación, casi siempre, son causa para que los matrimonios se efectúen en lo más verde de los años. Madre é hija se han casado muy jóvenes, y he ahí por qué la madre tiene nietos. Sabido es que la mujer jamás deja de estar embebecida en el amor, siquiera llegue á contar un siglo de edad, y de este embebecimiento dimana rocío que trae fecundidad al género humano. Cambian los soles, cambia la diaphanía de la atmósfera, se aglomeran nubes donde antes estaba descampado; pero la tierra está siempre fecundada, su vitalidad obedece al calor de los soles; mas sólo en la juventud se puede cantar á los nietos como canta esta abuela encantadora. El canto es una de las manifestaciones de vida del corazón al cual han bañado rayos de amor: no importa que esta manifestación sea triste ó alegre, silenciosa ó retumbante, rápida ó prolongada, sombría ó luminosa, si es ingenua. En la ingenuidad, cuando hay numen, está el arte. La falsificación del arte es precisamente la ficción de ingenuidad. Lo real, expresado con estro, conmueve, "Estos versos brotaron de mi alma en días de prueba y do-

lorosas luchas", dice la poetiza á sus tres nietecitos, de los cuales la mayor apenas frisa con cinco años. Al leer éellos el poema; al oír aquellos acentos trémulos, cuando la que los exhala *esté lejos*; al estremecerse de tristeza, vislumbrando con la memoria la sonrisa dulce, el gesto afectuoso, la mirada acariciadora de la joven abuela; al percibir que las lágrimas de éella mojan sus manos, á pesar de la ausencia y la distancia, y que el efecto de esas lágrimas es dulcificado por los arrullos y los besos . . . ¿qué harán los nietos ya maduros, ya empeñados en la resistencia á las imposiciones de la vida, ó en allegar á su alrededor lo mejor de ésta; qué dirán de aquellas *dolorosas luchas*, se darán cuenta de aquellos *días de prueba*, recordarán que vieron la palidez de la abuela y la contemplaron junto á la vidriera, divisando algo cuando llovía

"como un rayo de luz entre la niebla?"

No es difícil distinguir al versificador del poeta, no es fácil aparecer poeta si úno está distante de serlo. Fingir una afección se puede; pero no siempre se ha de creer que dicha afección sea realidad. El verdadero poeta no supone infortunios; los experimenta y quejase. Yo he penetrado al hogar de la abuela, yo he conocido sus dolencias, yo me he convencido de que éllas son reales, yo he admirado el modo

de aplacarlas con las gracias y travesuras de los nietos. ¡Oh enfermedades, oh euménides, oh las peores enemigas del hombre! Ni miserias, ni guerras; ni terremotos, ni incendios; ni los estragos mismos de la iniquidad y el odio, son comparables á la falta de salud. "¡Adquirid salud!" decía Emerson, interesado en dar preceptos para la vida práctica y humana. Él cita el siguiente aforismo del Dr. Johnson: "Todo enfermo es un bribón". Lo es, en efecto, el que puede evitar enfermedades y no lo hace por permanecer esclavo de los vicios; el que desprecia la higiene y va malgastando salud, como el manirroto malgasta caudales; el que no es limpio; el que no es sobrio; el que no es diligente; el que, en una palabra, no profesa la ciencia de la vida, á pesar de que debe saberla y la sabe, y anda tras los médicos llorando é importunándoles con quejas, no para que le enseñen á vivir, mas sí únicamente para que deshagan lo que él ha hecho, para que reedifiquen lo arruinado, para que retoquen un cuadro destruido por él á sabiendas. Estos enfermos son bribones; pero también hay enfermos inocentes. Penoso es considerar en la siguiente verdad afflictiva: la voluntad es impotente, eso sí en muy pocas circunstancias, en contra de la inclemencia de los hados, ó de la naturaleza, mejor dicho, en los casos en que

ésta está aún emancipada. Una criatura noble y bella, pulcra y casta, previsora y discreta, inteligente y sana, que va por la vida efundiendo goces, labrando la dicha de cuantos se acercan á ella, de repente tropieza con un áspid, éste le hinca el diente, y ved como aquel conjunto de gracias cae en enfermedades, sin que sea dable sostenerla. Padres, esposo, hijos, deudos, inútil es que busquéis médicos, porque la enfermedad es mortal é incurable. ¡Oh, y cuando es aleve, cuando tenéis en vuestra casa un astro, él os está iluminando en la plenitud de su fuerza, y lo veis eclipsarse de improviso! Por dicha no es de estos males el de nuestra embelesadora poetiza; pero el período de su martirio ha sido largo, y en él está cantando lo que estamos oyendo enternecidos. Cante siempre, y cante así. La naturaleza inventa motivos cuando quiere que se perfeccione alguna de sus obras.

Cómo al verlos tan bellos y dormidos
mi corazón palpita y se conmueve;
el hogar me parece ara sagrada,
el incienso, mis ayes que se pierden . . .
Talvez mañana á la cerrada puerta
llame temblando con afán la muerte,
y en el recinto de mi humilde alcoba
se levanten los cirios y las preces.
Al verme sobre el tumulto sombrío
sin voz y sin color, rígida, inerte,

como llegan las brisas y las hojas,
el dolor llegará grave y solemne.
O tal vez, ignorantes y felices
que duermo pensarán los inocentes,
y sentados tranquilos junto al féretro
esperarán sonriendo que despierte.
Y no despertaré: hoja sin rama,
me perderé en el polvo para siempre;
átomo imperceptible, iré rodando,
como ruedan las flores y las mieces.

La imaginación la transporta al día de duelo; pero ni siquiera supone que los nietos serán grandes. Una de las fases del progreso consiste en que se va desvaneciendo el miedo á la muerte. ¿La muerte no es tan natural como la vida? ¿La vida no es tan natural como el placer? ¿El placer no es tan natural como el dolor? ¿Hemos de temer á la naturaleza que es madre, y de cuyas demostraciones ni élla misma puede prescindir? Si la abuelita teme á la muerte es únicamente porque considera en sus nietos.

El suceso que más ha influido en su tristeza no es la enfermedad, pues ésta no es grave, á pesar de haber sido muy prolongada, ni las inclinaciones de la noble poetiza van hacia las victorias de las vanidades y del ruido. Vive deleitada en su hogar, el cual va convirtiéndose en cielo, á medida que va poblándose de nietos. El suceso es muy diferente, es la tiranía que

tanto abatió al Ecuador. Quien conoce el modo de ser de esta nación, la bondad, la docilidad, la discreción de todo el pueblo, admírase de que haya habido tiranos y de que las tiranías hayan sido duras, hasta crueles. Cuando no hay choque no hay ruido: el arroyo corre mudo: las ninfas pueden hacer espejo de sus aguas. Un mal carácter es torrente, y cuando se halla en preeminencia, llega á ser asolador, como aluvión. Más que ningún otro pueblo, el Ecuador necesita de un Presidente culto, no de un bárbaro; fino, no patán; civilizado, no salvaje. Cuantos han mandado al Ecuador, con excepción de muy pocos, se han vengado de un desaire con látigos, de una descortesía con grillos, de cualquier ofensa, hasta de puerilidades con cadalsos. ¿Qué había de hacer el pueblo sino aprender á resistir, y cómo había de educarse culto con lecciones de barbarie? Las tiranías han influido directamente en los ingenios: á Montalvo lo volvieron formidable, á la señora Mercedes González de Moscoso, melancólica. Estaba esta señora en la infancia cuando ocurrió el degüello en Jambelí. Su padre, uno de los ecuatorianos honorables, era amigo del General Urbina, y en unión del Dr. Viola, le escribía desde Guayaquil al campamento. La niña oyó los disparos cuando fusilaron á Viola, vió lágrimas en todo el vecindario,

presenció la angustia de su madre, á causa del grave riesgo de su padre, quien se refugió en "La Blanca", fragata de guerra española. Entonces huyó al destierro, á poco siguióle la familia, y en Lima hubieron de permanecer cosa de diez años. Sólo quien ha vivido desterrado puede decir si estos versos no son eco de las largas melancolías de la infancia.

Tales son las luchas en que la Sra. de Moscoso ha empleado casi toda su vida: sus ambiciones no han salido de la casa, sus prendas no han buscado gran teatro, sus tristezas no pueden hallar consuelo en la calle. Al principio nos recreó como esposa, luego nos enterneció como madre, ahora nos está impresionando como abuela. Esposo, hija, nietos aún viven: sagrados son todos para élla, y élla tiene que ser veneranda para ellos. Hé ahí un hogar dichoso.


ROBERTO ANDRADE.






A MIS NIETOS

CARLOS, AURELIA Y ESMERALDA



*Estos versos son todos vuestros: bro-
taron de mi alma en días de prueba y do-
lorosas luchas, pero rebosando siempre amor
y ternura por vosotros. — Cuando podáis
comprenderlos ya estaré lejos; entonces de-
dicadme un recuerdo.*



ES la hora del crepúsculo, la hora
en que surgen tristezas y plegarias,
en que duermen las rosas y los lirios,
las olas gimen y las aves callan.
Aquí, dentro mi sér, reina el silencio
que como sombra en el espacio vaga;
en vano busco con afán creciente
sueños azules y sonrisas gratas.
Mirando un cielo azul que no es mi cielo,
me devoran la pena y la nostalgia:
— Cuando duermen los sueños en la mente
los dolores despiertan en el alma. —
Es la hora de las sombras; cómo lucha
el que en la vida sin querer avanza!
recordando las horas que se fueron
por cada decepción brota una lágrima.
El tiempo es huracán que se nos viene

cargado de tinieblas y de escarcha,
 destruye vidas, pulveriza sueños,
 y se lleva las hojas de las ramas.
 Mi pensamiento en incesante lucha
 al pretender volar, rompió sus alas,
 y se debate aquí bajo mi frente
 cual pájaro cautivo en rica jaula.
 Es la vida un dolor, es un misterio
 y á otro misterio como sombra pasa;
 ¿á qué luchar entonces? — en la tumba
 concluyen heroísmos y esperanzas?
 Y yo quiero creer, quiero ser buena:
 á mí se acerca una figura blanca,
 tiene mucho del cielo en la sonrisa,
 mucha luz en los ojos y en las alas.
 Esa visión ideal y encantadora
 es la soñada musa de mi infancia,
 es la fé que me cerca y me sostiene,
 es *ella*, Aurelia, mi ilusión más casta.

II

FUÉ dulce realidad: aquí, á mi lado
 fija en mi rostro sus pupilas negras
 y con voz que semeja una caricia
 murmura dulcemente: abuela, abuela....

— Qué me quieres, amor?

— En qué pensabas?

— En mi Patria y en tí, niña hechicera,
 en algo que diviso muy distante

como un rayo de luz entre la niebla.
— Y has llorado por eso? ¡Nunca llores!
ya sabes que te quiero: seré buena
como las niñas de los bellos cuentos
donde figuran Genios y Princesas.
Por qué piensas en eso que me dices?
qué es la Patria?

— La dicha que se aleja
si en recuerdo miramos de sus campos
las fuentes claras y las flores bellas.
Tu no sabes, mi bien, cómo se quiere
el rincón más humilde de la tierra,
si en él se alza la cuna do se duerme
al eco dulce de canciones tiernas.
— La quieres más que á mí?

— No, vida mía,
pero á las veces en mí sér despierta
ansias de fenecer en sus orillas
aspirando sus brisas siempre nuevas.
— Y dime, ¿qué es morir? ¿algo muy triste?

— Morir es despertar con las estrellas
y llevarse allá arriba la ternura
de los séres amados que se dejan.
— Yo no pudiera verte estar contigo,
no quiero, abuela mía, que te mueras;
si tú te vas, no tengo quien me cuide
ni quien haga dormir á mi muñeca.
— Encarnación de dicha y esperanza,
apártate de mí: — ¡luz y tinieblas!
tú, como flor, te entrecabres á la vida,
y yo parto abrumada de tristeza. —
Parece que comprende mi amargura —
besa mis manos y mi frente besa,
y sigo contemplando muy distante
como un rayo de luz entre la niebla.

III

MUERE la noche, luce la mañana
impregnada de brisas y de aromas;
y escucho como rugen en mi pecho
de mi dolor las tempestuosas olas.
Oigo voces lejanas, el murmullo
del céfiro al jugar entre las hojas;
diviso tres cabezas de querube
y los rayos del sol bañan mi alcoba.
Venga la primogénita, mi Aurelia,
la que disipa mis tristezas todas;
la que tiene la frente de alabastro,
negros los ojos y las crenchas blondas.
Después venga mi Carlos, el inquieto,
el de ojos verdes y mejillas rojas;
el que gana batallas á millares
y anhela transformarse en mariposa.
Siga Esmeralda, el último capullo,
la que guarda en su nítida corola
la delicada luz de las estrellas,
el perfume de lirios y de rosas.
Vengan los tres, así, como aves libres
que buscando la luz hallan la sombra;
yo volveré á ser niña, y mis sonrisas
tendrán como relámpagos de aurora.
Todos me tienden las manitas bellas:
como arrullos de tímidas palomas
llegan á mi sus voces infantiles
y los beso en los ojos y en la boca.

—Fórmame mis soldados en guerrilla,
—Dáme el pajar azul que lanza notas,
yo quiero que me vistas mi muñeca
con el traje y el velo de las novias.
El quiere combatir — es un *valiente!*
formando de papel abruptas rocas,
emprende con el viento la batalla
y enseña, *vencedor*, la espada rota.
Esmeralda con gracia inimitable,
como pájaro azul vuela en la alfombra;
mientras Aurelia con la *novia* en brazos
el azahar purísimo deshoja.
¿Presiente acaso la inocente niña
de la vida el dolor, las ansias hondas?
piensa que, cual se van esos fragmentos,
se disipan los sueños y la gloria?
Al mirarlos tranquilos y felices
me vienen á la mente tantas cosas . . . !
iguales juegos, santas ignorancias
que como aves se van y no retornan.
Y siento despertar uno por uno
dulces anhelos, ansias melancólicas;
esas ternuras íntimas y grandes
que á mi edad son cadáveres que lloran.

IV

VIENEN ahora besos y preguntas: —
—¿Qué es ilusión, mamá? Dí, qué es la vida?
— Un tejido de rosas y fulgores
á vuestra edad dulcísima y tranquila.

¿Qué es ilusión? Un canto, una plegaria,
que se define en llanto ó en sonrisas;
algo muy tierno que en el alma brota
y al quererlo alcanzar huye de prisa.
—¿Entonces vive poco?

— Algunas veces;
se recojen y besan sus cenizas
cuando los años pasan y se llevan
todo lo azul que en nuestra mente brilla.
Pero, óyeme, mi Aurelia, la esperanza,
las ilusiones puras y las dichas
han plegado las alas en tu frente
para dar mucha luz á tus pupilas.

— Mi mamá dice siempre que nosotros
somos sus esperanzas más queridas.

—¡Tú madre! Aurelia mía, ámala mucho
y serás, dulce bien, siempre bendita.

— Si yo la quiero tanto, que al mirarla
Con Esmeralda en brazos, ó dormida,
rezo las oraciones que me enseñan
y siento que se doblan mis rodillas,
cual si fuera la Virgen que en la Iglesia
aparece entre nubes muy arriba.

— Mi mamá se parece, dice Carlos,
á las flores y al sol, es tan bonita!

— Tu no sabes, Carlitos, replica *ella*.

—¡Que no sé lo que digo! anda chiquilla!
yo sé esas cosas porque ya soy *grande*.

— Y yo también lo soy: ¿cierto, abuelita?
Ayer tarde volaban á las nubes
bulliciosas y alegres golondrinas,
y me dijiste, si mamá se fuera,
en noche oscura se trocara el día.
Y nos dió tanta pena que corrimos
en pos de su ternura y sus caricias:
tú besaste sus manos, yo sus ojos

y volvió á nuestras almas la alegría.
— Allí estaba papá, ¿tú lo recuerdas?
y te llamó su amor, te dijo linda . . .
— Yo lo recuerdo bien, algunas cosas
ni despierta ni en sueños se me olvidan.
Oh! cuando pienso en *él* ó pienso en *ella*
el corazón con fuerza me palpita;
la imagen de los dos llevo en el alma
y tiernas me bendicen y acarician.
— Amaos uno á otro; tú, mi Aurelia,
conserva de tu edad la fé sencilla,
y si el dolor te hiere, nunca dudes;
el que duda camina sobre ruinas.
Ven, mi Carlos; sé bueno, sé valiente,
tu Dios, la libertad y la familia;
sea *tu norte el deber* y tu fortuna
de tu nombre la honra siempre limpia.
Y tú, bella Esmeralda, dulce prenda
cuyo blanco presente es solo risas,
sigue el ejemplo de tu noble madre
y con Aurelia su virtud imita.
Vuestras rubias cabezas que acaricio
llevad sobre los hombros muy erguidas;
dejad que desde el fondo de mi tumba
os besen en la frente mis cenizas.

V

VUELVE la noche con sus sombras mudas
y la pálida luz de sus luceros;
yo, con los tres en el hogar dichoso,

evoco tristemente mis recuerdos
Esmeralda en la cuna, sus hermanos
sentados á mi lado junto al fuego,
los padres silenciosos, y dormido
en un amplio sillón el noble abuelo.
Precioso cuadro que trazar quisiera
con hermosos colorees sobre el lienzo,
antes que lleguen las heladas brisas
y las crudas borrascas del invierno.
Antes que caigan las cabezas canas
como las flores de un rosal enfermo,
y las risas se truequen en sollozos
á la luz de los cirios macilentos.
Antes que de los niños se disipen
las puras dichas y los blancos sueños
y se estinga la voz que los arrulla
con dulces frases y sabrosos cuentos.
Jamás amé la vida, en mis delirios
me atrajo de las tumbas el silencio,
lo triste del ciprés que se doblega
al peso del dolor y del misterio.
Ahora, mirando las cabezas rubias
que como espigas se alzan á los cielos,
en el rauda reloj de la existencia
poder quisiera detener el tiempo.
Pero todo es mudable, todo pasa,
se renuevan las hojas en los huertos,
se estinguen en los nidos los arrullos,
vienen los niños y se van los viejos.
Se renuevan las dichas y pesares,
las sombras y la luz, todo es incierto!
Ayer mecí la cuna de mis hijos,
hoy con el mismo amor canto á mis nietos:
yo bañé con mis lágrimas los rostros
inmóviles y blancos de mis muertos:
así, los seres que mi vida encantan,

mañana llorarán sobre mi féretro.
Terminarán las plácidas veladas;
de mis ternuras y amorosos besos,
les quedará una pálida memoria,
impalpables y nítidos reflejos.
Y surgirán otros hermosos niños,
sus padres á su vez serán abuelos
y sabrán como se ama los retoños.
cuando el árbol se inclina y toca el suelo.
Aurelia y Carlos á mis plantas juegan,
van y vienen sin tregua los traviesos,
la niña *hace* una madre encantadora,
él, un gallardo Capitán de ejército.
Habian los dos muy sérios y se animan
confiándose sus cuitas y secretos,
ella ama á su *bebé* con gran ternura,
él sueña en libertades y derechos.
De pronto se refugian en mis brazos,
afuera ruge enfurecido el viento
y piensan que quien toca los critales
come á los niños cuando no son buenos.
Y me abrazan los dos, ¡angeles míos!
esconden las caritas en mi seno,
y acariciando sus dorados rizos
pido á Dios por los pobres y los huérfanos.
Les entono baladas muy antiguas,
las que mi madre me cantó sonriendo,
y ellos se doblan como flores pálidas
en las ramas sin vida de un almendro.
En el hogar las llamas se consumen,
se ocultan las estrellas en el cielo,
y en mi mente, cual pájaros cansados,
plegan las blancas alas mis recuerdos.

VI

TODO es silencio en mi redor, las sombras como espectros se agitan y se mueven; en el alma las sombras y el silencio no sé qué influjo misterioso ejercen. ¡Qué sola estoy! ¡oh Dios! en torno mío sólo mis penas y mis dudas crecen, hay sollosos muy tristes en el viento y lágrimas que tiemblan en la nieve. En la atmósfera vagan los aromas de violetas azules y claveles, ese perfume suave y melancólico de las flores ajadas que se mueren. De mi alcoba los límpidos cristales al impulso del viento se estremecen, y yo canto con lágrimas, temiendo que mis ángeles rubios se despierten. Cerca de mí los tres, en blando lecho soñando dichas abrazados, duermen, mientras en mi alma, con furor insano los dolores se arrastran y me muerden. Oh, si fueran felices! si los sueños que besan sus espíritus y frentes, no tuvieran la vida de las flores, de los astros las tristes palideces! Cómo al verlos tan bellos y dormidos mi corazón palpita y se conmueve; el hogar me parece ara sagrada, el incienso, mis ayes que se pierden.....

Tal vez mañana á la cerrada puerta
llame temblando con afán la muerte,
y en el recinto de mi humilde alcoba
se levanten los cirios y las preces.
Al verme sobre el túmulo sombrío
sin voz y sin color, rígida, inerte,
como llegan las brisas y las hojas,
el dolor llegará grave y solemne.
O tal vez ignorantes y felices
que duermo pensarán los inocentes,
y sentados tranquilos junto al féretro
esperarán sonriendo que despierte.
Y no despertaré: hoja sin rama
me perderé en el polvo para siempre;
átomo imperceptible, iré rodando
como ruedan las flores y las mieses.

VII

EN el blanco salón, mis tres auroras
En las rodillas del abuelo cantan;
como los ruiseñores en los nidos,
trinan alegres sin abrir las alas.
La madre los contempla con ternura;
borda muy cerca una sencilla lápida
y parece que de ella se desprende
una figura celestial y casta.
En los ojos del padre hay la tristeza
de dolores ocultos y de lágrimas;
brotan bajo los dedos de la esposa
un dulce nombre y una fecha amarga.

Tal vez á su memoria se presenta
el cuadro del hogar allá en la infancia,
y ve á la hermana muerta, hermosa y pura
como flor que se entreabre en la mañana.
El abuelo á los niños cuenta historias;
les dice que en las noches estrelladas
en la bóveda azul hay como risas,
ténues suspiros en las rosas blancas.
Y ellos preguntan con afán creciente
si en las flores quizá viven las Hadas,
esas amigas cariñosas, buenas,
que con las sombras á sus lechos bajan;
esas que ya les dan lindas muñecas,
un hermoso caballo ó una espada,
y huyen como les dice la abuelita
que huyen las ilusiones y esperanzas.
Muchas noches los *dos* que ya son *grandes*,
dejan abiertas puertas y ventanas,
no entra nadie, lo ven porque *no duermen*
y hallan siempre juguetes en la almohada.
Lo acosan á preguntas: — Dime, abuelo,
¿por qué las Hadas son buenas y malas?
¿por qué no vienen con la luz del día
en sus carros de pórvido y de nácar?
¿Por qué es eso? ¿lo sabes? dílo pronto!
— Porque se duermen al nacer el alba
y sólo cuando asoman las estrellas
en las alcobas de los niños vagan.
Ellos no se convencen, imposible!
— No nos dices verdad, tú nos engañas.
El abuelo los mira enternecido,
los *tres* se alejan con enojo y callan.
Se apartan silenciosos y á mí vienen;
la única que sonrío es Esmeralda,
tiene esta niña en los azules ojos
fulgor de estrellas, claridades de alba.

Carlos muy grave se me acerca y dice,
señalándome á Aurelia triste y pálida,
— Mira, abuela, ya llora porque piensa
que los que dan juguetes son fantasmas.
Yo no creo en tal cosa, porque he visto
al abuelo traerlos en la capa:
tú los guardas y ya cuando dormimos
con sigilo los dejas en la cama.
Tres años cuenta este rapaz hermoso,
carácter firme, inteligencia rara,
sólo teme á los cohetes que chispean,
á los vientos que gimen y se arrastran.
Aurelia es la violeta pudorosa
que oculta en el hogar belleza y gracia,
tímida, dócil, inocente, es ella
el astro melancólico de mi alma.
A veces la contemplo con tristeza:
¿la herirán el dolor y la desgracia?
su presente es azul como sus sueños,
¿y el porvenir? Arcano es el mañana.
La chiquita, la dulce, la traviesa,
la que responde al nombre de Esmeralda,
es la blanca ilusión que nos sonríe
en la edad del amor y la esperanza.
Sintiéndolos girar en torno mío,
fijo lejos, muy lejos la mirada;
si decifrar pudiera sus destinos
en la estrella que brilla ó que se apaga!
Cada uno es un diamante que despide
luces muy vivas pero muy extrañas,
se ven latir bajo sus puras frentes
como bajo un cristal alas muy blancas.
Oh! yo quiero vivir hasta que el tiempo
preste vigor á esas ligeras alas,
hasta que ya, seguros de sí mismos,
con rumbo fijo puedan desplegarlas.

Entonces partiré con fe tranquila
allá donde el dolor por siempre acaba,
donde crecen las flores macilentas
y el ave negra su canción levanta.

VIII

HOY estamos de fiesta; los muchachos
visten de gala; aquí, dentro mi alcoba,
se levanta un altar con muchas luces
y ramos de jazmines y amapolas.
Se casa Esther, ya saben, la muñeca
que á petición de Aurelia está de *novia*,
prendido el velo en sus castaños rizados,
con blanco traje de ondulante cola.
Los padrinos son Carlos y Esmeralda,
usan de gravedad encantadora;
á mí me nombran Cura, y de milagro
no me han hecho el cerquillo y la corona.
Los padres y el abuelo, los testigos;
principia la sagrada ceremonia
y al unir de *dos seres* los destinos,
mi voz se hace solemne y temblorosa.
Aurelia, *cómo madre*, algo distante
emocionada, con tristeza llora;
echo la bendición, digo latines
y luego á casa, á festejar la boda,
Hay pastas, dulces y medallas *regias*
que la fecha solemne conmemoran,
las trabajó Carlitos con empeño;
en un segundo deshojó diez rosas.

Cada pétalo blanco lleva signos;
si se decifran, bien; si no, ¿qué importa?
la intención fué grabar con letra clara
lo que en las bodas se acostumbra ahora.
Se baila, se discute, se porfía,
se murmura en silencio y á la sombra:
vicio de sociedad, no fuera mundo
si en ella no pasaran estas cosas.
Yo estoy de abuela ya, atiando, obsequio,
brindo en pequeñas, delicadas copas,
el licor espumoso y cristalino
hecho del amaranto con las hojas.
Los convidados charlan y sonrien,
los padrinos se besan y alborotan;
el piano á la presión de manos suaves
deja escapar el ritmo de sus notas;
ellas pueblan el aire de armonías
y gimen en mi pecho como alondras.
Miro á Aurelia, ni llora ni se ríe,
permanece abstraída y silenciosa.
Salvo un largo período de doce años,
se convierte en mujer mi soñadora,
sujeto el velo á sus cabellos rubios,
la bendigo con mano temblorosa.
Y lloro de dolor ó de egoísmo,
miro á mi angel partir, dejarme sola,
y oprimo entre mis manos sollozando
dos blancas alas que contemplo rotas.
Y ceso de pensar: ella me abraza,
une á mi boca su risueña boca
y pasa la visión como una nube,
como pasan las brisas y el aroma.

.....

Soy creyente ; Señor! vela por ellos;
que no se eclipse de su edad la aurora;
para mí la miseria, el frío intenso
de las noches de invierno tempestuosas;
para ellos mucha luz, mucha alegría:
para mí los dolores que sollozan;
sea su vida una eterna Primavera,
y húdame yo en la nada de las sombras.

